

Archivo del general Porfirio Díaz Memorias y documentos. Tomo III

Alberto María Carreño (prólogo y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Historia/Elede

1947

366 p.

Ilustraciones

Elede (Colección de Obras Históricas Mexicanas, 2)

Instituto de Historia (Serie Documental, 2)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 4 de noviembre de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/archivo/diaz03.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

CAPÍTULO XCII

SITIO DE MEXICO

PLATICAS CON LOS GENERALES O'HORAN Y TAVERA

Del 12 de abril al 20 de junio de 1867

En marcha de Texcoco para San Cristóbal Ecatepec y la Villa de Guadalupe, se nos incorporó, procedente de México, la señora doña Luciana Arrozola de Baz, esposa de don Juan José Baz, y me manifestó que traía una comisión del general don Nicolás Portilla, quien a la sazón figuraba como ministro de Guerra en México; que ésta se reducía a ofrecirme la entrega de la capital mediante algunas concesiones a Portilla, a los principales jefes del ejército imperialista y funcionarios de la administración; aunque su primera intención era buscar una fusión entre los dos ejércitos, bajo la base de que unidos ambos, reconociéndose recíprocamente los empleos que tenían los jefes de cada uno, procedieran de acuerdo para establecer un nuevo orden de cosas, que no fuera ni el llamado imperio de Maximiliano, ni el gobierno constitucional del señor Juárez.

Por supuesto que deseché esas proposiciones, ni siquiera las acepté en su forma menos favorable que era la de la rendición condicional de la plaza, y contesté que sólo admitiría la rendición sin condiciones.

No fué esta la única oferta que se hizo de entregar la plaza. El general O'Horán, me mandó decir con un hermano del Lic. don José María Aguirre de la Barrera, actualmente magistrado en la Suprema Corte de Justicia de la Federación, que tenía empeño en hablar conmigo, y que me convenía el asunto que me iba a comunicar. Su enviado me trajo una pequeña linterna con un lente rojo, y me dijo que el mostrar la luz roja sería la señal para que saliera O'Horán a hablar conmigo. Me acerqué, pues, en la noche hasta cerca de la garita de Peralvillo, más acá del rancho de la Vaquita, y me coloqué

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

en una zanja fangosa con cuatro muchachos de los tambores y cornetas, porque para estos casos son buenos los muchachos, pues no tienen miedo, y una vez metido en la zanja, saqué la linterna, pero al ver el enemigo la luz colorada nos lanzó todos sus fuegos de artillería y fusilería que no nos causaron ningún perjuicio por estar metido en la zanja sin que O'Horán saliera a hablarme. Cuando calmó el fuego, despedí a mis muchachos de uno en uno, y después salí yo de la zanja y volví a mi posición, no por la calzada, que estaba enfilada por los fuegos de artillería del enemigo, sino atravesando los potreros.

Al día siguiente me volvió a mandar O'Horán al señor Aguirre de la Barrera, diciéndome que lo dispensara por lo que había pasado la noche anterior; que Márquez estaba en la trinchera en los momentos en que yo me acerqué e hice la señal convenida, y que cuando vieron la luz roja se alarmaron, pues comprendieron que no podía venir sino del enemigo. Me citó de nuevo; pero entonces ya no fui sino hasta la Vaquita. Salió O'Horán en esa vez, me habló y me ofreció entregarme la plaza lo mismo que a Márquez, y a los demás jefes principales, sin más condición que extenderle un pasaporte para el extranjero.

Le contesté que no podía hacer nada de eso, porque consideraba la plaza cómo mía y que en cuanto a los demás jefes yo cumpliría con mi deber. Me replicó O'Horán que en efecto, la plaza sería mía, pero que los pollos gordos, fue su frase, podían escapárseme; mientras que aceptando lo que me proponía todos caerían. Convencido de que yo no aceptaba sus proposiciones, me dijo:

“—¿Tiene usted mucho empeño en fusilarme?”

“—No, señor, le contesté. Si usted cae en mis manos, lo único que haré será cumplir con mi deber”.

“—Si usted sabe dónde estoy escondido, ¿me mandaría aprehender?”

“—Si alguno viene a denunciarme en dónde está usted, tendré que mandarlo aprehender. No puedo ofrecer ni más ni menos”.

“—Está bueno”, me contestó, agregando al retirarse: “¡Ojalá que usted pueda deberme algo!”

Me retiré y me hizo O'Horán una mala partida. De antemano había yo colocado algunos centinelas avanzados y al regresar él a sus líneas, se llevó a uno de ellos no sé con qué fin.



CORONEL MIRAMÓN, ENVIADO CON REFUERZOS PARA AUXILIAR LA PLAZA DE OAXACA

UNAM

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

Como dos o tres días antes de la rendición de la plaza, pidió permiso para hablar conmigo el general Tavera, en representación de Márquez con objeto de proponerme la rendición de la plaza mediante algunas condiciones. Contesté a Tavera que podía venir a hablarme si gustaba; pero que no admitiría la rendición de la plaza, mientras se ofreciera condicionalmente, y le participé también que no hablaría conmigo solo, sino en presencia de algunos generales del ejército. Procedí así, porque había muchas versiones vulgares en las cuales no quería aparecer complicado.

Vino, sin embargo, Tavera; lo recibí en la Casa Colorada, en presencia del general Ignacio R. Alatorre, le invité a almorzar con nosotros, y le repetí lo que antes le había mandado decir; esto es, que no podía conseguir ninguna condición para entregar la plaza. No tomé con el general Tavera ninguna de las precauciones usadas en esos casos, para impedir que conociera la forma de defensa en los parapetos por donde pasó, porque la situación desesperada en que estaba el enemigo, no exigía ya esas precauciones y así se lo manifesté. Tavera regresó, sin embargo, a la plaza sin comprometerse a nada y simplemente a dar cuenta a Márquez de lo que había ocurrido.

